

1. Fundamentos de la propuesta

Las lecturas de este domingo giran en torno a una misma imagen, tomada del gran poema de **Isaías 5,1-7**: la viña como figura de la alianza entre Dios y su pueblo. El profeta describe con detalle amoroso todo lo que el dueño hizo por su viña —cavar, despedregar, plantar buenas cepas, levantar torre y lagar— para concluir con una decepción brutal: la viña, tan cuidada, solo dio agrazones. La pregunta retórica de Dios —"¿qué más cabía hacer por mi viña que yo no haya hecho?"— y el juego entre lo esperado (derecho, justicia) y lo obtenido (violencia, lamentos) fijan el fundamento profético de toda la liturgia: la fidelidad de Dios frente a la infidelidad correspondida del pueblo.

Mateo 21,33-43 traslada esa alegoría a una parábola con clímax narrativo: los labradores no solo retienen el fruto, sino que apalean a los enviados y asesinan al hijo del dueño "fuera de la viña", anticipando explícitamente la pasión de Jesús "fuera de la ciudad". Es decisivo el recurso retórico que emplea Jesús: no impone la sentencia, sino que pregunta a sus oyentes "¿qué hará el dueño con aquellos labradores?", y son los propios sacerdotes y ancianos quienes pronuncian el veredicto contra sí mismos —un procedimiento pedagógico emparentado con el de Natán ante David (2 Sam 12)—. Mateo cierra la escena con la cita del salmo 118,22 sobre la piedra angular, situando la crucifixión y la resurrección como desenlace ya anunciado.

Filipenses 4,6-9 aporta un fundamento distinto pero convergente: la paz interior como fruto maduro de una vida entregada a la oración confiada ("nada os preocupe"), y la actitud de discernimiento abierto hacia "todo lo que haya de verdadero, noble, justo, puro, amable" en el entorno cultural. No es casual que el compilador la lea junto a la parábola de la viña: la fecundidad que Dios espera de su pueblo no es solo ética, sino también la serenidad de quien vive reconciliado con Dios y con su historia.

Un fundamento hermenéutico más, explícito en el propio texto, merece mención aparte por su rigor: **la advertencia contra cualquier lectura de la parábola como rechazo en bloque del pueblo judío**. El comentario reconoce sin ambigüedad que esta parábola —redactada probablemente después del año 70, a la luz de la destrucción de Jerusalén— ha sido usada históricamente para alimentar el antisemitismo, y afirma que la Iglesia "debería pedir perdón" por esa instrumentalización. Esta distinción no es un añadido piadoso, sino una condición de lectura honesta del texto: la parábola denuncia a unos dirigentes concretos en un conflicto histórico concreto, no decreta la reprobación de un pueblo entero.

2. Temas principales

- La viña como símbolo bíblico de la alianza: el cuidado de Dios y la responsabilidad de dar fruto.
- La ingratitud y la violencia creciente de los arrendatarios, que culmina en el asesinato del hijo — clave cristológica de la parábola.
- El desplazamiento del Reino "a un pueblo que produzca sus frutos", leído en clave autocrítica y no solo histórica: también la Iglesia puede defraudar a Dios.
- La paz interior como fruto de la oración confiada, distinta de la mera ausencia de conflicto.
- El discernimiento abierto hacia los valores presentes en la cultura circundante, sin desprecio ni ingenuidad.
- La crítica a los "profesionales de la religión" y al riesgo de una fe reducida a palabras, rutina o "relajación semanal".

3. Conceptos teológicos principales

La alegoría profética de la viña y su recepción cristológica. Isaías 5 y Mateo 21 comparten la misma imagen pero con distinto desenlace: en Isaías, la viña es simplemente abandonada; en Mateo, además, se anuncia su entrega "a otros labradores". La lectura cristiana temprana leyó ese giro en clave cristológica y eclesial, pero —como advierte el propio texto— sin que ello autorice una sustitución triunfalista de un pueblo por otro: la exigencia de dar fruto recae igualmente sobre los nuevos arrendatarios.

La piedra angular (Sal 118,22). La cita de la piedra que los arquitectos desecharon y que se convierte en piedra angular introduce la lógica pascual dentro de la propia parábola: el rechazo violento no tiene la última palabra. Es una clave de lectura que impide detener la parábola en el juicio y obliga a leerla hasta la resurrección.

Juicio autopronunciado. El procedimiento por el cual Jesús hace que sean los propios oyentes quienes dicten la sentencia es un recurso teológico, no solo retórico: expone que el juicio de Dios no es arbitrario ni externo, sino la explicitación de una lógica moral que el propio oyente reconoce como justa en el momento en que la aplica a otros.

La paz de Dios como custodia del corazón (Flp 4,7). El verbo que Pablo emplea —"custodiará"— tiene resonancia militar: la paz de Dios actúa como una guardia que protege el corazón y el pensamiento, no como la ausencia de dificultades. Pablo escribe esto, además, desde la propia experiencia de rechazo, golpes y cárcel, lo que da peso existencial al concepto.

Discernimiento cristiano de los valores del entorno (Flp 4,8). La lista paulina —verdadero, noble, justo, puro, amable, laudable— no es una concesión al mundo, sino una teología implícita de la gracia presente fuera de los límites visibles de la comunidad cristiana: reconocer el bien allí donde se encuentre, sin que ello suponga renunciar al discernimiento crítico.

4. Desarrollo del pensamiento y de la propuesta

El desarrollo sigue el mismo movimiento de fondo que el domingo anterior —de la denuncia profética a la aplicación eclesial concreta— pero con un acento distinto: aquí el centro no es tanto la coherencia individual entre palabra y obra, sino la responsabilidad comunitaria sobre un don recibido en administración, no en propiedad. El texto insiste, con machacona claridad, en que "nadie es dueño de la viña. El dueño solo es Dios"; los arrendatarios —ayer los dirigentes de Israel, hoy la Iglesia y sus responsables— están para cultivar, no para apropiarse.

A partir de ahí, el desarrollo traza una línea explícitamente autocrítica: de la pregunta retórica sobre los viñadores homicidas pasa a la pregunta directa sobre "nuestros pobres frutos", y enumera lo que Dios ha "invertido" en cada creyente —la vida, la Palabra, los sacramentos, la comunidad— para preguntar, sin concesiones, qué cosecha puede esperar de ello. El texto llega incluso a sugerir que el debilitamiento actual de comunidades y familias religiosas puede leerse, sin dramatismo pero sin evasivas, como la misma dinámica que denuncia la parábola: un Dios que "abre caminos nuevos" cuando la viña confiada no da fruto.

El desarrollo incorpora también, de forma deliberada, un momento de freno hermenéutico: antes de sacar conclusiones eclesiales, el texto se detiene a corregir la lectura antisemita que esta parábola ha tenido en la historia cristiana, calificándola de "falsedad" y reconociendo la responsabilidad de la Iglesia en el antijudaísmo que esa lectura alimentó. Solo después de ese freno retoma la aplicación autocrítica, evitando así que la corrección de un error histórico quede separada de la exigencia moral que el texto plantea hacia dentro.

Finalmente, el hilo de Filipenses se entreteje con la parábola de un modo menos evidente pero coherente: si la viña exige frutos de justicia, la carta a los Filipenses aporta la condición interior —la paz que nace de la oración confiada— sin la cual esa fecundidad se vuelve activismo ansioso. El texto lo hace explícito al proponer la Eucaristía como "escuela de paz", lugar donde se forma la serenidad necesaria para después dar fruto en la semana.

5. Una reflexión fascinante y movilizadora

Lo más incisivo de esta página no es la imagen de la viña —conocida hasta el desgaste— sino el momento exacto en que los oyentes se condenan a sí mismos sin saberlo. Jesús no acusa: pregunta. Y son los sumos sacerdotes y ancianos quienes, aplicando su propio sentido de la justicia a un caso ajeno, dictan sin darse cuenta la sentencia que los alcanza a ellos. Es una estructura que interpela directamente a cualquier lector: la facilidad con que juzgamos casos ajenos revela, casi siempre, el criterio exacto con que deberíamos juzgarnos a nosotros mismos.

Igualmente movilizador es que el texto no permita al lector instalarse en la lectura cómoda de "esto habla de otros". Apenas identificado el reproche histórico contra los dirigentes de Israel, el propio comentario da un giro y advierte: "nadie es dueño de la viña", y esa advertencia incluye expresamente a los dirigentes eclesiales de hoy, con la tentación de "sentirse dueños y propietarios de la viña... y explotarla en beneficio propio". La actualidad de la parábola no está en el pasado que describe, sino en la pregunta que traslada intacta al presente: ¿qué cosecha puede esperar Dios de nosotros este año?

Y hay una tercera capa, tal vez la más exigente: el propio texto se corrige a sí mismo en pleno desarrollo, al detenerse para repudiar la lectura antisemita de la parábola y reconocer la culpa histórica de la Iglesia en ese error. Ese gesto —interrumpir la aplicación espiritual para hacer justicia histórica— es en sí mismo un ejemplo de lo que la parábola pide: no basta con predicar bien sobre la coherencia; hay que practicarla también en la manera de leer e interpretar la propia tradición.

6. Conclusión: seis indicadores de acción

1. Examinar los frutos concretos, no solo la doctrina profesada. revisar en qué medida la propia vida o comunidad produce justicia, solidaridad, compasión y perdón efectivos, y no solo enunciados correctos sobre esos valores.

2. Vigilar la tentación de apropiarse de la viña. en cualquier responsabilidad eclesial, familiar o comunitaria que se ejerza, distinguir con claridad entre administrar un don recibido y apropiarse de él en beneficio propio.

3. Cultivar la paz interior mediante la oración confiada. practicar de modo concreto la indicación de Flp 4,6-7 —presentar las propias preocupaciones a Dios en oración y acción de gracias— como antídoto frente a la ansiedad o el activismo estéril.

4. Discernir y acoger el bien presente fuera de los límites propios. reconocer explícitamente lo verdadero, noble y justo que aparece en personas o ámbitos ajenos a la propia comunidad de fe, según el criterio de Flp 4,8, evitando tanto el desprecio como la ingenuidad acrítica.

5. Rechazar activamente toda lectura antisemita de este texto. al comentar o predicar esta parábola, nombrar explícitamente su historia de instrumentalización antijudía y afirmar con claridad que no autoriza el rechazo en bloque de ningún pueblo.

6. Convertir la Eucaristía en escuela de paz. cuidar el ritmo, el silencio y la acogida de la celebración dominical como espacio que forma la serenidad interior necesaria para después dar fruto durante la semana.